

1-2 OPUSCULUM PRIMUM. DE FIDE CATHOLICA, AD AMBROSIUM.

ARGUMENTO.

Diserta sobre la esencia de la Trinidad, es decir, sobre la distinción de personas y la unidad de sustancia; sobre la verdadera humanidad y divinidad de Cristo; sobre la procesión del Espíritu Santo; sobre la incorrupta virginidad de la Santísima Virgen; y finalmente, sobre los misterios de toda la fe ortodoxa: demostrando qué deben creer los fieles, qué deben sentir según la tradición de la iglesia universal y las sentencias de los santos Padres.

A AMBROSIO, hijo amado de santa esperanza, PEDRO, pecador y monje, la verdad de la fe ortodoxa.

Exiges, hijo queridísimo, que te escriba algo sobre la fe católica: y que recorra brevemente algunos de los temas que los Padres explican más extensamente. Esperas, como dices, ser instruido más eficazmente, y que esto se inculque más firmemente en tu memoria, si lo que está difundido en las páginas de los antiguos doctores, ahora se presenta desde nuestra boca, como si se extrajera de un armario doméstico. Aunque lo que se mezcla proviene de un mismo tonel, sin embargo, deleita más la mano familiar que lo ofrece. Y a menudo nos benefician más los remedios de aquellos que reconocen el inconveniente de nuestra enfermedad a través de la convivencia de una familiaridad continua. Pues, como me eres muy conocido por el afecto unánime de la fraternidad, confías en que yo aplique el bálsamo de la salvación precisamente allí donde sé que los nervios de tu fe vacilan un poco más débilmente por la falta de la certeza. Y haces esto irreprochablemente, para que, como un fundamento de fe, establezcas entre los mismos rudimentos de tu nueva conversión, en el cual la máquina de la obra segura, como un edificio espiritual, se levante sin nunca caer. Ciertamente, es una petición digna de alabanza: y lo que se exige no es ocioso, sino sumamente necesario. Por lo tanto, la santa insistencia de tu devoción, porque exige algo justo, no merece ser rechazada en su petición. Sin fe, en efecto, ni podemos vivir en Cristo, ni podemos agradar a Dios en ninguna operación en absoluto. Lo cual también testifica la autoridad apostólica y profética. Pues es voz del Apóstol: «Sin fe es imposible agradar a Dios (Hebr. XI).» Por el profeta se dice: «El justo vivirá por la fe: pero si se retira, no agradará a mi alma (Habac. II; Hebr. X).»

Por lo tanto, según ambas sentencias, no podemos agradar a Dios, a menos que mantengamos la regla correcta de la verdadera fe. La fe es el origen de las virtudes, la fe es el fundamento de las buenas obras, la fe es el principio de toda la salvación humana. Por la línea del camino de la cual, quien no camina cautelosamente, necesariamente será atrapado en el lazo del error. Por lo tanto, si alguien parece emprender el instituto de una buena obra, sin embargo, sin la fe correcta, de ninguna manera puede pertenecer a la comunidad de los hijos de Dios. Y quien no sabe caminar por la fe, de ninguna manera podrá llegar a la visión: y, para concluir brevemente todo, sin la fe correcta, nadie alcanza la gracia de la justificación, ni merece la vida eterna. Ahora, pues, acerquémonos al vivo de la cuestión, y al centro de la materia propuesta, con la guía de aquel de quien hablamos.

CAPÍTULO PRIMERO. Qué se debe creer.

En primer lugar, pues, cualquiera que quiera ser un verdadero y perfecto católico, es necesario que crea en Dios Padre todopoderoso, creador de todas las cosas visibles e invisibles. Crea también en su Hijo unigénito, es decir, el Verbo, poder y sabiduría, por quien fueron creadas todas las cosas. Quien no fue creado, sino engendrado antes de los siglos; verdadero Dios en todo, como el Padre, y de una misma sustancia con el Padre, aunque de

distinta persona. No es posterior en el tiempo, ni inferior en dignidad, ni menos poderoso en virtud; sino que es tan grande el engendrado, como aquel que lo engendró. Y aunque se afirme que el Hijo es engendrado por el Padre, sin embargo, no se le atribuye ningún tiempo, como tampoco al Padre. Pues quien confiesa al Padre eterno, es necesario que también testifique que el Hijo es coeterno con él. Sin duda, quien [porque] el Padre siempre existió antes de los siglos, sin ningún principio en absoluto, y siempre tuvo al Hijo. Pues no podría haber sido Padre eternamente, si no hubiera tenido al Hijo eternamente. Crea también en el Espíritu Santo, verdadero Dios, que procede del Padre y del Hijo; y siempre igual en sustancia, poder, voluntad y eternidad. Quien ciertamente no procede del Padre al Hijo, y del Hijo para santificar la criatura, como algunos impiamente y pestilentemente entienden; sino que procede simultáneamente de ambos. Pues el Padre engendró un Hijo tal, que así como de él, también de él procede el Espíritu de verdad.

Por lo tanto, hijo queridísimo, cree con constancia y firmeza que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son un solo y verdadero Dios, todopoderoso, eterno, inmutable, impasible. Pues la única sustancia o esencia inmutable, y sin ninguna alternancia de variedad, es la que es Dios. A quien ciertamente el mismo ser, del cual el vocablo esencia se deriva, le compete sumamente y verdaderamente. A quien, a saber, a la suma y singular sustancia, le conviene propia y singularmente el nombre que los griegos dicen, οὐσία; en latín se dice, es. De donde también el Apóstol dice: «No hay en él sí y no: sino que en él hay sí (II Cor. I).» También el Señor a Moisés: «Yo soy el que soy. Y: Así dirás a los hijos de Israel: el que es, me ha enviado a vosotros (Éxodo III).» Por lo tanto, cuando decimos una sustancia simple e invisible de Dios, y distinguimos la Trinidad en los vocablos, y confesamos un solo Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, es absolutamente necesario saber: que cada uno de estos es Dios, y todos juntos son un solo Dios. Cada uno de estos es una sustancia plena, perfecta y eterna: y todos juntos son igualmente una sustancia simple y única. De donde no es algo mayor, ni más pleno el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo dichos juntos, que cuando se dice una cualquiera de las personas de la misma santa Trinidad. Pues el Dios todopoderoso, por la inmensidad de su naturaleza, llena y contiene toda su creación: y por eso todo lo que es, lo llena el Padre, todo lo llena el Hijo, todo lo llena el Espíritu Santo: porque el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son naturalmente un solo Dios.

Por lo tanto, hijo mío, cuando te corresponde insistir en letanías u oraciones, no hagas lo que algunos simples hacen más por ignorancia que por infidelidad, que es invocar una vez el nombre del Padre, o del Hijo, o del Espíritu Santo: y repetir más veces el nombre de la santa Trinidad como si fuera algo más, y con mayor reverencia: como si, lo que no es así, la totalidad de la Trinidad fuera algo mayor que una sola persona de la misma santa Trinidad. Lo cual, por tanto, la piedad de los fieles rechaza, y la regla de la fe ortodoxa no admite. Sin ninguna duda, es necesario creer que el Padre es un Dios pleno y perfecto; el Hijo es un Dios pleno y perfecto; el Espíritu Santo es un Dios pleno y perfecto. Sin embargo, no son tres dioses, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, sino que es un solo Dios pleno y perfecto. Ni significan algo mayor los tres dichos juntos, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, que cualquiera de ellos, ya sea el Padre, el Hijo o el Espíritu Santo, nombrado singularmente. Pues la misma magnitud está en cada persona singularmente dicha, que está en toda la Trinidad comúnmente nombrada: de lo contrario, cuando con razón se dice, el Padre es Dios, el Hijo es Dios, el Espíritu Santo es Dios, cada uno de estos sería un Dios imperfecto: si se viera que es un Dios más pleno en tres, que en una sola persona. Pero esto está lejos de la piedad de los fieles, que no atribuyen algo mayor o menor a la naturaleza simple de la divinidad.

Por lo tanto, siendo tan grande solo el Padre, o solo el Hijo, o solo el Espíritu Santo como lo es el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo juntos, de ninguna manera debe decirse que Dios es triple, porque al no poder disminuir, tampoco hay cómo esa misma perfección de la suma Trinidad crezca. Por lo tanto, Dios es pleno y perfecto, ya sea que se diga el Padre individualmente, o el Hijo, o el Espíritu Santo, y Dios es pleno y perfecto, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo juntos: por lo tanto, debe decirse que Dios es trino, no triple.

Además, no hay en esta santa Trinidad grado de tiempo, ni discreción de magnitud, ni variedad de dignidad. Pues allí no hay nada más antiguo en el tiempo, nada que difiera en cantidad, nada que sobresalga en honor: sino que toda esa esencia de la divinidad es de una naturaleza tan simple, que excepto por los vocablos que indican la propiedad de las personas, cualquier cosa que pueda decirse esencialmente de una persona, también puede entenderse indiferentemente de las tres. Es de notar ciertamente, que el hombre no fue creado a imagen de una sola persona, sino de toda la Trinidad. De donde no se lee: Haré a mi imagen, sino: «Hagamos, dice, al hombre a nuestra imagen (Gén. I).»

CAPÍTULO II. Se refuta la herejía de Arrio y Sabelio.

Por lo tanto, así como confesamos, confundiendo a Arrio, que la sustancia de toda la Trinidad es una y la misma; así también, declinando la impiedad de Sabelio, distinguimos tres personas inconfusas y claramente expresadas, bajo la propiedad de cada una. Pues no es, como comenta la impiedad herética, que el mismo Dios Padre, cuando quiere, es Padre; cuando quiere, es Hijo; cuando quiere, es Espíritu Santo: sino que cada persona está distinguida de las otras por una propiedad tal, que el Padre siempre es Padre, y nunca Hijo, o Espíritu Santo; el Hijo siempre es Hijo, y nunca es Padre, o Espíritu Santo; el Espíritu Santo nunca es Padre, o Hijo, sino siempre Espíritu Santo. Por lo tanto, no debe atenderse solo a la diversidad desnuda de los nombres, sino que debe distinguirse sutilmente la propiedad de las personas.

El Padre, por lo tanto, tiene esto como propio, que de todas las cosas que existen, es el único que no es de otro: y por lo tanto, es reconocido solo en la persona de la paternidad, no está solo en la esencia de la deidad. El Hijo unigénito de Dios tiene esto como propio, que es el único engendrado consustancial y coesencialmente del Padre: y esta es la propiedad del Hijo. El Espíritu Santo tiene como propio que procede simultáneamente del Padre y del Hijo, y es el Espíritu de ambos, consustancial y coeterno, de la misma inmensidad y poder, de la misma voluntad y naturaleza inseparable. Porque de ninguna manera es menor que aquellos de quienes procede: sino que con ellos es verdaderamente adorado como Dios omnipotente, con ellos es adorado igualmente. Pues permanece todo en el Padre, todo en el Hijo; todo procede del Padre, todo procede del Hijo. En quienes permanece así, que siempre procede de ambos; así procede, que en ellos permanece inseparablemente. Con quienes ciertamente tiene la plenitud natural y coesencial de la unidad, y la unidad de la plenitud. Y esta es la suma caridad, por la cual el engendrado es amado por el que lo engendra y ama a su engendrador. Por lo tanto, no hay más que tres, y esencialmente indivisos, y distinguidos por una propiedad tripartita. Uno amando a aquel que es de él; y uno amando a aquel de quien es; y el mismo amor, del cual se dice: «Porque Dios es amor (II Juan IV).» Y esta es la suma, inefable e incomprensible Trinidad, no diré de un solo Dios, sino un solo Dios. Ni uno se convierte o se transforma en otro; sino que lo que es, sin ninguna mutación, permanece siempre inalterado. Pues dice el profeta: «Saldrá de mi boca la palabra de justicia, y no volverá (Isaías XLV).» ¿Qué significa «no volverá?» Para que el sabeliano no diga que el mismo es el Padre, que también es el Hijo: o el patripasiano, cuando, dice, quiere, es Padre, y cuando quiere, es Hijo.

Por lo tanto, la palabra salida no volverá, porque el Padre siempre es Padre, y el Hijo siempre es Hijo.

CAPÍTULO III. Del sacramento de la Encarnación del Señor.

Creemos también, que el Hijo de Dios, a quien Dios Padre engendró de su propia sustancia antes de los siglos, asumió verdaderamente al hombre de nuestra naturaleza, y salió de las entrañas maternas con virginidad intacta. Pues quien de Dios era Dios, del omnipotente era omnipotente; no posterior en el tiempo, no inferior en majestad, ciertamente no disímil en gloria, no dividido en esencia; el mismo unigénito eterno del eterno Genitor, nació del Espíritu Santo y de la virgen María. Porque así asumió al hombre, que no cambió en nada la deidad: unió verdaderamente a sí mismo carne verdadera y un alma verdadera sustancialmente, para que según esa humanidad destruyera la muerte muriendo, y venciera al diablo, que tenía el dominio de la muerte. Pues no debe entenderse esa generación singularmente admirable, y admirablemente singular, de tal manera que por la novedad de la creación se haya quitado la propiedad del género. El Espíritu Santo, ciertamente, confirió fecundidad al útero virginal, sin embargo, la verdad del cuerpo procedió de la condición de la naturaleza materna, que pronto fue animada por el espíritu de vida racional. Pues condenamos a Apolinar, quien afirma que el Salvador no asumió la mente del hombre, sino solo un alma sin razón. Pues dogmatiza que la sola divinidad pudo bastar para dar mente e infundir el consejo de la sabiduría racional. Lo cual, sin duda, es tanto como si dijera: Nuestro Redentor no fue hombre, sino que solo tuvo miembros de cuerpo humano. Pues los animales brutos tienen alma y cuerpo, pero no tienen razón, que es propia de la mente.

Pero si deben ser detestados los maniqueos, que niegan que él tuvo un verdadero cuerpo, que es lo más bajo en el hombre: ¿cuánto más deben ser condenados estos, que afirman que él no tuvo lo que es lo mejor en el hombre? Lejos esté, pues, que creamos lo que inventó la temeraria ceguera y la soberbia locuacidad. Lejos esté, digo, que el Hijo de Dios haya asumido algo menos de la naturaleza humana, y que en la carne, o en el alma, o en el sentido, el hombre asumido haya sido diferente de nosotros; a quien, sin la sola mancha del pecado, que no es natural a aquellos por quienes fue asumido, confesamos que fue completamente conforme. Pues por eso se dice mediador de Dios y de los hombres: porque así como es verdadero Dios, así es verdadero hombre teniendo la misma naturaleza con el Padre en la divinidad, y en nada diferente en sustancia de humanidad con la madre; teniendo de nosotros hasta la muerte la pena de nuestra iniquidad, teniendo de Dios Padre la justicia inmutable, «quien fue crucificado por nuestra debilidad, pero vive por su poder (I Cor. XIII).» Pues sintió por la participación del afecto humano la muerte, que había asumido voluntariamente; no perdiendo el poder de su naturaleza, por el cual vivifica todas las cosas. Él mismo ciertamente autor, y obra del autor, porque él mismo se ofreció como sacerdote sacrificio; y él mismo como hostia de suavidad colgó en la cruz. Salva ciertamente la propiedad de cada naturaleza, y unida en una persona, la majestad asumió la humildad, la virtud la debilidad, la eternidad la mortalidad: y para pagar la deuda de nuestra condición, la naturaleza inviolable fue unida a la naturaleza pasible: para que uno, el mismo mediador de Dios y de los hombres, pudiera morir de uno, y no pudiera morir de otro.

CAPÍTULO IV. Cómo solo el Hijo asumió carne y sufrió la muerte.

Pero aquí, hijo, tal vez te surja un pensamiento que, como consecuencia de la razón, objete: mientras el Hijo, dices, se cree de una sola sustancia con el Padre, e inseparable de la naturaleza, ¿cómo pudo el Hijo sin el Padre, o asumir solo la forma de humanidad, o soportar solo la injuria de la pasión? Lo cual, porque es divino e inaccesible, que no puede

comprenderse por los manifiestos indicios de esa materia inefable, a menudo es declarado por los doctores católicos con ejemplos de cosas visibles. De donde también habla el bienaventurado Agustín: «Otra cosa es, dice, el alma, otra cosa la razón; y sin embargo, en el alma está la razón: y ciertamente el alma es una, pero una cosa hace el alma, otra cosa la razón. Pues el alma vive, y la razón sabe, y a la alma pertenece la vida, a la razón pertenece la sabiduría; y sin embargo, ni el alma sin razón, ni la razón sin alma. Y aunque son uno, el alma sola asumió la vida, la razón sola asumió la sabiduría. Así también el Padre y el Hijo, aunque son uno, y un solo Dios, solo a Cristo le pertenece la carne, así como solo a la razón le pertenece la sabiduría, aunque no se separe del alma.» He aquí que ofrece otro ejemplo: «En el sol, el calor y el esplendor están en un solo rayo, pero el calor seca, el esplendor ilumina; y aunque una cosa hace el calor, otra cosa el esplendor, sin embargo, no pueden separarse entre sí. Así también el Hijo asumió carne, y no abandonó al Padre. En la cítara, también, cuando el arte, la mano y la cuerda no se dudan que cooperan, sin embargo, se escucha un solo sonido. Así el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, cooperaron juntos en la humanidad de Cristo, pero solo el Hijo asumió la humanidad.»

Si esto también te inquieta, cómo el verdadero cuerpo de Cristo pudo salir de las entrañas maternas sin dañar la virginidad. Lo cual es evidente, observa y considera lo inmenso a partir de lo mínimo. El rayo del sol penetra así el cristal, y lo atraviesa con una sutileza imperceptible sin romper su solidez: y se ve dentro tal como se ve fuera. Así, cuando entra, ni al salir lo dispersa: porque tanto al entrar como al salir, el cristal permanece intacto. El rayo del sol no rompe el cristal, ¿y la omnipotencia del Redentor naciente no pudo conservar la integridad de la virgen? Pues la integridad virginal dio a luz incorrupta, tal como concibió inviolada. En verdad, es Dios pleno y verdadero, así como es hombre pleno y verdadero, quien nació de ella. No hay mentira en esta unidad, mientras están conectadas la humildad del hombre y la sublimidad de la deidad. Pues así como Dios no se disminuye por la inclinación, tampoco el hombre se consume por la dignidad. Cada naturaleza actúa según lo propio, el Verbo operando lo que es del Verbo, y la carne ejecutando naturalmente lo que es de la carne. Una de estas resplandece con milagros, la otra sucumbe a las injurias. Pero ni la criatura se convierte en divinidad, ni la divinidad se transforma en criatura. De dos y en dos naturalezas así consiste la persona del mediador entre Dios y los hombres, de modo que después de que el Hijo de Dios se hizo hombre, de ninguna manera, como blasfema la impiedad herética, la plenitud de la divinidad consumió la naturaleza humana, ni la divinidad descendió a la esencia de la humanidad. Pues cuando Dios asumió al hombre, su naturaleza divina permaneció completamente inmutable e impasible. De dos naturalezas, ya que unió ambas indivisiblemente; en dos, ya que conservó ambas incorruptas. El Hijo unigénito de Dios, al asumir el alma perfecta del hombre y la carne, es consustancial al Padre en la forma de Dios, y consustancial a la madre en la forma de siervo. Y aunque asumió la compañía de la debilidad humana, no por eso se hizo partícipe de nuestros delitos. Asumió la forma de siervo sin la contaminación servil, no disminuyó lo divino, elevó lo humano. En efecto, la naturaleza fue asumida de la madre del Señor, no la culpa. Ni pudo contraer errores propios quien vino a limpiar los ajenos. Así se reconoce en él que la propiedad de la naturaleza humana y divina permanece indivisa; de modo que, aunque veamos en él naturalmente que el Verbo es distinto de la carne, sin embargo, confesamos un solo Hijo de Dios, tanto Verbo como carne. Pues es verdadero Dios y verdadero hombre, Dios, por aquello que, «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios (Juan I);» hombre, por aquello que, «El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Ibid.).» Dios, por aquello que, «Todas las cosas fueron hechas por él, y sin él no se hizo nada (Ibid.);» hombre, por aquello que, «Nacido de mujer,

nacido bajo la ley (Gál. IV).» La infancia del niño se muestra en la humildad del pesebre, la sublimidad del Altísimo se declara en las voces de los ángeles.

CAPÍTULO V. Cómo se distinguen las personas en la Trinidad.

Sobre este asunto supremo, es necesario, al discutir, mantener una distinción clara y equilibrar cuidadosamente la sustancia. Nos vemos obligados a distinguir en la divinidad las personas, aunque no nos atrevemos a separar la sustancia divina. Creemos que hay tres personas en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, aunque confesamos una sola esencia simple e inseparable. Por el contrario, en Cristo afirmamos que hay dos sustancias completas y perfectas de divinidad y humanidad, aunque sostenemos que él tiene una sola persona. No es lícito decir algo diferente del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, ya que una es la misma naturaleza de todos; pero solo se puede decir que son distintos, ya que no se duda de que hay una distancia de personas entre ellos. En Cristo, sin embargo, no es otro, ya que hay una sola persona de Dios y hombre; pero se debe decir que es diferente, ya que hay una naturaleza de sustancia diversa. Por el contrario, el obispo Nestorio y el archimandrita Eutiques con Dióscoro se enfrentan entre sí con esta discrepancia; de modo que aquel afirma que Cristo es un hombre puro, mientras que estos le atribuyen solo la naturaleza de la divinidad. A quienes la santa Iglesia ha excluido justamente de sus umbrales, para que se vean obligados a litigar entre sí sin causar daño a muchos. Nosotros, sin embargo, entendemos el misterio de la encarnación del Señor sin dudar, de modo que aunque se crea que hay una sola persona de Dios y hombre, no obstante, no hay una sola naturaleza de divinidad y carne en él. Ni en Cristo la divinidad es lo mismo que la carne, ni la carne pudo ser lo que la divinidad; pero ambas naturalezas de divinidad y humanidad permanecieron inmutables e inconfusas en su propiedad. Confesamos que el Hijo de Dios asumió la sustancia humana, es decir, la verdadera carne y el alma racional, en la unidad de persona, no en la unidad de naturaleza.

Por tanto, el sacramento de la encarnación del Señor no hizo doble la persona en Cristo, ni hizo común a la santa Trinidad la asunción de la naturaleza humana: permaneciendo la propiedad de ambas sustancias, y perseverando siempre la unidad indivisa de la persona. La asunción de la forma servil pertenece únicamente a la persona del Hijo, a quien, sin embargo, no le quitó nada de la plenitud divina, ni le restó nada de la majestad inagotable. De ahí que en nuestro único y mismo Redentor brilló la verdad de la naturaleza humana, y la inmutabilidad eterna del poder divino permaneció. En Cristo, por tanto, decimos que hay distinción de naturalezas, no de persona; en la santa Trinidad confesamos que hay distancia de personas, no de naturaleza. Aunque como hombre se ocultó en las estrecheces de un cuerpo, sin embargo, como Dios, gobernaba todas las cosas, visibles e invisibles. No es otro aquel por quien fueron creadas todas las cosas; otro, quien fue creado hombre; el mismo creador y criatura; el mismo médico y medicina: el mismo sacerdote y víctima. La inmensidad de la grandeza divina es tal que lo entendemos dentro de todo, pero no incluido; fuera de todo, pero no excluido. Por eso es interior, para contener todo; por eso es exterior, para abarcar todo con la inmensidad de su grandeza incircunscripta. Por lo tanto, por ser exterior, se muestra como creador; por ser interior, se demuestra como gobernador y rector de todas las cosas.

CAPÍTULO VI. Cómo el Verbo es engendrado por el Padre.

Algunos, al desear investigar el misterio de la generación divina, son engañados por fantasmas de pensamientos corporales. ¿Acaso, dicen, el Dios omnipotente tomó esposa, porque engendró descendencia? Pero podemos deducir de nuestra debilidad lo que debemos considerar en la profundidad del arcano de la obra divina. Primero, en el corazón del

arquitecto nace el plan para construir el edificio de la futura casa. El corazón, por tanto, que oculta el plan, lo genera, para que la estructura de la casa se levante a través de las diversas líneas de paredes y ángulos. El plan es, por así decirlo, el hijo del corazón humano, que, por cierto, irrumpe hacia el exterior para construir el edificio, y sin embargo, permanece todo en el corazón del que piensa. Si, por tanto, a través del plan, como hijo del corazón, se erige la estructura de la casa, ¿qué tipo de Hijo de Dios pensamos que es el Verbo, por el cual fueron creadas todas las cosas? Cuando, por tanto, el corazón del hombre puede generar un plan sin madre, ¿cuánto más el Padre omnipotente pudo engendrar de sí solo, de manera inefable, el Verbo? Que, ciertamente, cuando asumió los miembros humanos, de ninguna manera abandonó los arcanos de la Deidad paterna; y cuando fue revestido con el velo de nuestra carne, fue recibido en el útero virginal, no incluido. ¿Y qué hay de sorprendente en el Verbo de Dios, cuando también esta palabra, que pronunciamos con la lengua de la carne, fluye tan abundantemente hacia los sentidos, que el corazón de los oyentes lo capta, pero no lo incluye; pues si no se captara, no instruiría a nadie en absoluto; si se incluyera, no llegaría a otros?

Por tanto, mucho más plenamente, y, por así decirlo, de manera más inefable, el Hijo de Dios vino a nosotros por el misterio de la Encarnación, y sin embargo, permaneció con el Padre en la divinidad. Quien, revistiéndose de verdadera carne de las entrañas del útero virginal, quiso unir ambas naturalezas de tal manera que el mismo fuera verdadero hombre quien verdaderamente era Dios: y el mismo, que era hombre, fuera sin duda Dios. Tal fue aquella asunción, que hizo a Dios hombre, y al hombre Dios. Por tanto, cuando la forma de Dios asumió la forma de siervo, ambos son Dios, ambos son verdaderos hombres por el hombre asumido. Aunque, por tanto, cada uno de los santos excelsos mereció alcanzar una gracia especial de Dios, sin embargo, nadie pudo unirse con Dios en una sola persona. Solo el alma y la carne de Cristo con el Verbo, Cristo es uno, es un Hijo. Para que el bienaventurado Apóstol pusiera una distancia entre la multitud de todos los santos y el mismo autor de los santos y de toda santidad, dijo: «Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos últimos días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, por quien también hizo el universo (Hebr. I).» Pero es una cosa que Dios hable por boca de los profetas; otra, por el mismo Verbo coeterno y consustancial a él antes de los siglos. Es una cosa el Verbo en la carne, otra el Verbo hecho carne. Es una cosa Dios en el hombre, otra Dios hombre. Es una cosa el ministro del Verbo, otra el maestro. Otro debe ser llamado autor de la fe, otro predicador. Además, es una cosa recibir el Espíritu Santo por la gracia profética, otra tenerlo sustancialmente por naturaleza (Mat. III). Aunque el Espíritu descendió sobre Cristo en forma de paloma, sin embargo, la divinidad del Redentor no pudo recibirlo, ya que según la esencia de la divinidad, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son un solo Dios.

Por tanto, está claro que Cristo recibió el Espíritu Santo en el alma humana, no en la divinidad, en la cual, por cierto, es uno en naturaleza con el mismo Espíritu Santo. Por lo tanto, la eterna divinidad del Hijo con su plena humanidad, y la misma plena humanidad del Hijo con su eterna divinidad, es una en la santa Trinidad persona, y esta no adoptiva, sino propia; no nominal, sino consustancial y perfecta. Y él mismo, todo en su divinidad y humanidad, es el unigénito y verdadero Hijo de Dios: y el mismo, todo en su divinidad y humanidad, es verdaderamente el hijo del hombre, no de manera nominal, como la herejía hispánica se atrevió a afirmar con impía temeridad; afirmando que el Hijo de Dios es verdadero Dios en la naturaleza divina, en la humana nominal o adoptivo; de modo que parecería que hay dos personas en Cristo. Y él mismo, por la divinidad, es verdadero Hijo de Dios, pero en la humanidad es adoptivo. Cuando está claro, según la regla de la fe católica, que el Hijo unigénito de Dios asumió la naturaleza humana en la unidad de su persona,

conservando la propiedad de ambas sustancias, pero permaneciendo completamente indivisa y simple la unidad de la persona: por lo tanto, ni dos Cristos, ni dos son Hijos; sino Dios y hombre, uno es Cristo, uno es singularmente Hijo. Pues la divinidad del Verbo no vino a la bienaventurada Virgen por movimiento local, sino que por el misterio inefable de su poder, el Hijo de Dios llenó el útero de la Madre para nacer; y sin embargo, permaneció en la unidad de la divinidad paterna. Viniendo a nosotros, para quitar de nosotros lo que encontró en nosotros: y ofrecer él mismo por nosotros lo que tomó de nosotros. Pues la divinidad del Verbo no pudo dividirse en partes, ni separarse del Padre: sino que en todas partes es todo, en todas partes perfecto. Así no abandonó al Padre cuando descendió a la Virgen, como no abandonó el mundo cuando, vencedor de la muerte, ascendió al cielo. De ahí que diga: «Nadie ha subido al cielo, sino el que descendió del cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo (Juan III).» En la tierra ciertamente habla, y confiesa estar en el cielo, porque cuando descendió del cielo, sin embargo, permaneció en el cielo. Y así como el Hijo del hombre es quien se dice que descendió del cielo, así el Hijo de Dios es quien se ve corporalmente en la carne.

CAPÍTULO VII. En Cristo se manifestó la naturaleza divina y humana.

En Cristo, por tanto, hay unidad de persona, y dos naturalezas siempre inconfusas y con propiedad distinta: una naturaleza en él es la que tiene origen del útero virginal; otra, que sin ningún principio es coeterna con Dios Padre. Una con la que lloraba en el pesebre; otra, por la cual era adorado por los Magos (Mat. II, Luc. II). Una con la que crecía en edad y sabiduría; otra, por la cual es la misma virtud de Dios y sabiduría de Dios (I Cor. XIII). Una, con la que después del ayuno de cuarenta días de continencia tuvo hambre (Mat. IV), otra, a la cual inmediatamente la sublimidad angélica sirvió por deber de sujeción. Una, con la que dormía en la barca y fue despertado por los discípulos (Marc. IV); otra, con la que mandaba a las tempestades de las tormentas y a los vientos. Una, con la que llorando derramaba lágrimas por el amigo muerto; otra, con la que llama su alma del infierno, y resucita el cadáver de cuatro días del sepulcro (Juan XI). Una es, con la que se entristece hasta la muerte (Mat. XXVI); otra, con la que afirma tener el poder de poner y retomar su alma (Juan XVI). Una, con la que pudo caminar sobre las aguas del mar con pasos secos (Mat. XIV); otra, con la que huyendo a Egipto, evitó la crueldad de Herodes. Una es, con la que resplandeció transfigurado como el Sol en el monte (Mat. XVII); otra, por la cual, al retirarse la visión, solo quedó la forma de la debilidad humana (Mat. II). Una naturaleza es, por la cual se le dice: «Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy (Salmo II);» otra por la cual, según otro profeta, se dijo: «Tú eres mi siervo, en quien me gloriaré (Isa. XLIX).» Pues según una cosa es aquella voz, que dice: «Desde el seno antes del lucero te he engendrado (Salmo CIX);» y según otra cosa aquella: «Es poco, dice, que seas mi siervo para levantar las tribus de Jacob, y convertir los confines de Israel (Isa. XLIX).» Una, por tanto, es en Cristo la sustancia o persona, pero no una sustancia o naturaleza. De modo que aunque una cosa sea la divina, otra la sustancia humana, en Cristo, sin embargo, de ninguna manera se crea que es otro el hijo del hombre, otro el hijo de Dios. Desde el mismo principio de la Encarnación del Señor, Dios pasó al hombre, y el hombre a Dios; para que el que nació de Dios Padre antes de los siglos, sea verdaderamente hijo del hombre, y verdaderamente hombre: y el que nació al final de los siglos de la virgen, sea verdaderamente hijo de Dios, y sin duda verdadero Dios.

Por tanto, confesamos correctamente dos nacimientos en Cristo, uno del Padre sin principio y sin tiempo, eterno y coeterno en todo con el generador; otro de la sustancia materna en el curso temporal. Se unieron en Cristo la divinidad y la condición humana; para que el Verbo se hiciera carne, y la carne pasara a Dios, de modo que de ambas sustancias surgiera un Emmanuel, que fuera mediador idóneo entre Dios y los hombres. En el cual, ciertamente, se

conservan los derechos naturales de su propio vigor, y la sublimidad de la Deidad y la humildad de la carne. No, por tanto, otro, sino uno y el mismo ejerció dos operaciones, y cada forma o naturaleza operó con la comunión de la otra lo que le era propio: la Divinidad, por cierto, comunicando las obras de la carne, y la carne comunicando las obras de la divinidad. El mismo, por tanto, Dios y hombre en una subsistencia o persona, pero con la doble propiedad de ambas sustancias conservada, permaneciendo la naturaleza, de modo que ninguna de las dos se divida, ni la unión hecha las confunda. Pues el Verbo es Verbo, y no carne: y la carne es carne, y no Verbo. Pero una es la operación de la carne y del Verbo, porque una es la persona de Dios y hombre. De donde Juan: «Lo que era, dice, desde el principio, lo que hemos oído, y visto, y contemplado, y nuestras manos han tocado en el Verbo de vida (I Juan I).» Aunque, sin embargo, nadie puede ver a Dios, ni lo que es más imposible, tocarlo con las manos, sino a través del sacramento del hombre unido. Pues la divinidad está unida inseparablemente a la humanidad, de modo que después de haberla recibido una vez en la unidad de persona, de ninguna manera se apartó de ella. Pues Dios hecho hombre, salió de las entrañas maternas; Dios hecho hombre, colgó en el madero de la cruz. Pero el mismo Dios hecho hombre, según solo la carne, yacía en el sepulcro, el mismo Dios hecho hombre, según solo el alma, descendió a las profundidades del infierno. Pues la divinidad, que en la concepción asumió ambas, tampoco en la muerte se apartó de ambas sustancias del hombre asumido.

¿Quién es, por tanto, por quien fue hecho el mundo? Cristo Jesús: pero en la forma de Dios. ¿Quién es, por quien fue redimido el mundo? Cristo Jesús, pero en la forma de siervo. ¿Quién fue dejado en el infierno? Cristo Jesús, pero solo en el alma. ¿Quién resucitó al tercer día yació en el sepulcro? Cristo Jesús, pero solo en la carne. Por tanto, en cada uno de estos, Cristo, y en todos no dos, sino uno es Cristo. Por tanto, uno y el mismo se ve con la naturaleza gemela vigente, y opera naturalmente lo que es de cada sustancia, y cada sustancia con la comunión de la otra, lo que le era propio, actuaba, según la calidad esencial inherente a cada una, o la propiedad natural. Así, por tanto, nos conviene considerar todo cuidadosamente, para que se crea que la plena humanidad fue asumida en Dios, y se entienda que la plena divinidad fue unida al hombre. Esto solo para que devolvamos a Dios lo que es de Dios: y al hombre, lo que es del hombre.

CAPÍTULO VIII. Por qué el Espíritu Santo no se dice nacido de la paloma, en cuya forma apareció.

Por lo tanto, dado que a menudo se debate sobre este tema, existe una diferencia significativa entre aquella aparición de la paloma, en cuya forma se vio al Espíritu Santo, y la manera en que el Hijo de Dios se dignó aparecer en la verdad de la carne (Mat. III). Algunos han intentado persuadir de que el Hijo de Dios no nació de una mujer, así como el Espíritu Santo no nació de una paloma (Mar. I). Dicen que aquella paloma no nació de un huevo, aunque fue vista corporalmente por ojos humanos (Juan I). A estos, los verdaderos creyentes responden: leemos que el Espíritu Santo apareció a Juan en forma de paloma, donde también encontramos que Cristo nació de una mujer (Luc. III). No se debe creer en parte al Evangelio y en parte no. Si creemos en el Evangelio, que el Espíritu Santo fue visto en forma de paloma, también es necesario creer que nuestro Redentor nació de una virgen. ¿Por qué, entonces, el Espíritu Santo no nació de una paloma, como se reconoce que Cristo nació de una mujer? Sin duda, la razón es que el Espíritu Santo no vino para redimir a las palomas con su aparición, sino para designar visiblemente el amor espiritual y la inocencia a través de esta forma. Pero el Hijo de Dios, que vino a levantar nuestra naturaleza caída y renovar la

envejecida en vicios originales, debía asumir natural y esencialmente en la unidad de su persona aquello que vino a liberar mediante el misterio de su pasión y resurrección.

Sin embargo, no decimos esto para afirmar que solo nuestro Redentor asumió carne verdadera, mientras que el Espíritu Santo asumió una forma fantástica. Así como no era apropiado que el Hijo de Dios engañara los ojos de los hombres, tampoco era adecuado que el Espíritu Santo simulara algo con falsedad. Pues, así como aquel es la verdad, este es igualmente el Espíritu de verdad. Por lo tanto, ambos cuerpos, el de la paloma y el humano, existieron en la esencia de la verdad, tal como fueron vistos por los ojos humanos. Pero aquella forma de paloma, una vez cumplido el ministerio de utilidad que se le encomendó, cesó; mientras que el cuerpo del Señor permaneció siempre en la estable unidad del Verbo que lo asumió. Por lo tanto, debemos confesar que Emmanuel, verdadero Dios, existe inconfusamente e indivisiblemente en dos sustancias: y por eso afirmamos verdaderamente que la bienaventurada Virgen es la Madre no solo del hombre, sino también de Dios. Pues naturalmente y carnalmente engendró al Verbo de Dios hecho carne. Confesamos también que el Verbo es naturalmente congénito a la carne según la sustancia, y que Cristo es uno: pero más bien, junto con esa carne y alma, verdadero Dios y verdadero Hijo único y natural de Dios, de modo que no debemos presumir que el hombre asumido debe ser coadorado o conglorificado con el Verbo de Dios: como si uno fuera venerado en el otro. Pues esto, como sugiere entender la sílaba añadida. Más bien, adoremos a Emmanuel con una adoración simple y única, verdadero Dios y hombre. Esto también se encuentra en los Anatematismos de San Cirilo: «Tampoco digamos que Dios obra en el hombre: como si uno fuera el que se ve exteriormente y otro el que obra interiormente. Más bien veneremos a un solo Dios, y al hombre que está sujeto a los ojos, y a la majestad que está oculta interiormente. Por eso es mediador, porque es el mismo Dios y verdadero hombre, teniendo una naturaleza de divinidad con el Padre, y no una sustancia de humanidad diferente con la Madre. En ambas naturalezas, es el mismo Hijo de Dios, asumiendo la nuestra y sin perder la suya, renovando al hombre en el hombre, permaneciendo siempre inmutable en sí mismo.» Según la forma de Dios se dice: «Antes de todos los montes me engendró (Prov. VIII),» es decir, antes de todos los tiempos y lo temporal; según la forma de siervo se dice: «El Señor me creó al principio de sus caminos (Ibid.).» Según la forma de Dios dijo: «Yo soy la verdad y la vida (Juan XVI);» según la forma de siervo: Yo soy el camino. (Ibid.). Pues que «el Verbo se hizo carne,» no significa que la naturaleza divina se transformó en carne; sino que la carne fue asumida por el Verbo en la unidad de la persona. La majestad divina no perdió nada con el nacimiento corporal de la Madre, ni le añadió nada, ni la transformó en otra cosa. La sustancia inmutable no pudo convertirse en algo diferente, ni disminuir ni aumentar.

Por lo tanto, reconociendo las señales de ambas naturalezas; adoramos al Verbo en el hombre Cristo, y al hombre Cristo en el Verbo. Pues el Verbo hecho carne es un solo Cristo en dos esencias; donde no hay nada de cualquiera de las naturalezas que no sea de ambas. Es el mismo en la forma de Dios, que se ve en la forma de siervo; el mismo pasible en nuestra fragilidad, e inviolable en virtud divina; el mismo permaneciendo incorpóreo, y asumiendo cuerpo; el mismo que no está dividido del trono de la majestad paterna, y sin embargo fue crucificado por los impíos en el madero. Pues ambas sustancias concurren en una sola persona: y por eso es el mismo que asciende victorioso sobre la altura del cielo, y no abandona a toda la Iglesia hasta la consumación del siglo. En efecto, con ambas naturalezas permaneciendo en sus propias propiedades, se ha hecho tal comunión de unidad, que todo lo que es de Dios no está separado del hombre: y todo lo que es del hombre no está dividido de la divinidad. Pues, al ser concebido en el vientre de la virgen, la virtud del Verbo no faltó ni un instante a la carne y al alma: ni fue formada o animada la vestidura antes de que el Rey

supremo se la pusiera, sino que por él y en él comenzó aquel templo del cuerpo humano, que el Hijo de Dios esencialmente unió a sí mismo. Pues el Hijo de Dios vino a ser concebido en el vientre de la virgen, y allí la sabiduría construyó la casa de su cuerpo (como está escrito) (Prov. IX).

Por lo tanto, en cuanto a la creación de la futura descendencia, nada se había comenzado allí, sino que después de la entrada del Verbo en su unidad, el nuevo hombre concibió el inicio. En la única persona de Cristo, la naturaleza doble se unió, en la que la virtud divina estaba presente para las maravillas de las obras, y la debilidad de la humanidad para la tolerancia de las pasiones. Pero ambas cosas son de Dios por el poder del que asume, ambas cosas son del hombre por la humildad del que es asumido.

Por lo tanto, debemos tener cuidado de no creer que la majestad del Hijo es igual al Padre, engañados por aquellas cosas que deben referirse a la forma de siervo, es decir, la forma de humanidad, para mostrar que el Hijo de Dios no es de una persona distinta ni separada, y con ella dice: «El Padre es mayor que yo (Juan XIV);» y con ella, no obstante, dice: «Yo y el Padre somos uno (Juan X).» Dios dice: «El Padre es mayor que yo,» pero desde nuestra debilidad: y el hombre dice: «Yo y el Padre somos uno;» pero desde la virtud divina.

CAPÍTULO IX. Cristo asumió la naturaleza humana, no la persona.

Sin embargo, surge la cuestión de cómo, si se cree que el Hijo de Dios asumió toda la humanidad, pero no la persona humana, se dice que Dios hecho hombre tiene una sola persona. Pues, ¿cómo asumió todo el hombre si no asumió la persona del hombre? O si el Hijo de Dios, que es una persona en la Trinidad, se une con la persona del hombre, ¿cómo se dice que la sustancia de Dios y del hombre se unieron en una sola persona? Al investigar esto diligentemente y buscar lo que los Padres entendieron aquí, encontré que Alcuino escribió al emperador Carlos que «el Hijo de Dios no asumió la persona humana, sino la naturaleza.» Según esta sentencia, queda que la persona del Hijo asumió la esencia de la humanidad sin la persona de la humanidad. El gran León, obispo de la Iglesia Romana y doctor muy fecundo de la fe cristiana, en la declaración de un sermón usa estas palabras (Ver Scholia al final del opúsculo): «Este, dice, maravilloso parto de la sagrada Virgen produjo verdaderamente una persona humana y verdaderamente divina en la prole: porque cada sustancia mantuvo sus propiedades de tal manera que no puede haber distinción de personas en ellas. Ni la criatura fue asumida en la sociedad de su Creador de tal manera que él fuera el habitante y ella la morada; sino que una naturaleza se mezcló con la otra.» Esto está dicho claramente y equilibrado con la más cautelosa suspensión de palabras. Emmanuel, Dios con nosotros, es siempre una persona en la santa Trinidad, que como nunca pudo ser disminuida en la plenitud de su virtud, tampoco pudo ser aumentada por la unión de la humanidad asumida. Esta persona. Estos ejemplos se proponen por ahora: queda a tu diligencia, si algún doctor católico ha escrito más elocuentemente sobre esto, encontrarlo.

Este epílogo anuncia lo nuevo de tal manera que resume lo dicho anteriormente. Pero dado que en asuntos místicos y profundos, la extensión del estilo embota las mentes inexpertas de los oyentes, y a menudo, al intentar iluminar la mente, la oscurece; aconsejando tu novedad, hijo mío queridísimo, no queremos prolongarte más en esto, para que puedas comprenderlo más firmemente con un breve resumen. Aunque en ti prevalece el vigor de un ingenio vivaz, debe considerarse la novedad de tu conversión, no sea que si se impone a tus hombros la carga de una larga disertación, tus fuerzas aún tiernas desfallezcan bajo el peso antes de aprender a llevar la carga. También considerando tu debilidad, añadimos un epílogo al final;

para que encuentres ahora reunido en uno lo que se ha dicho con palabras más abundantes: y como si no tanto repetido, sino añadido, lo comprendas más fácilmente.

Cree, por lo tanto, hijo, que Dios es omnipotente, sustancialmente uno, personalmente trino. Estas personas, aunque están distinguidas por su propia propiedad, en sus obras no están de ninguna manera divididas. Y nunca percibimos más claramente la distancia de las personas que cuando recordamos el bautismo del Señor. Pues vemos, y como si contempláramos un espectáculo divino propuesto, en el remolino del río Jordán, se nos encomienda la indivisa Trinidad de las personas divinas. Pues cuando fue bautizado aquel Cordero que quita los pecados del mundo, inmediatamente se abrieron los cielos, y el Espíritu Santo descendió sobre él en forma de paloma: luego la voz del Padre tronó: «Este es, dijo, mi Hijo amado, en quien me complazco (Mat. III).» Tenemos, por lo tanto, la Trinidad claramente distinguida. En la voz al Padre, en el hombre al Hijo, en la paloma al Espíritu Santo.

Esta santa Trinidad, así como está distinguida en sus nombres, así en este lugar parece dividida en su operación según la letra. No se puede decir que el Hijo, que se veía en forma de siervo, sea el Padre o el Espíritu Santo; ni que aquella voz que se hizo desde el cielo sea del Hijo o del Espíritu Santo; ni que la paloma sea del Padre o del Hijo; pues el Evangelio mismo testifica: «Porque el Espíritu Santo descendió sobre él en forma de paloma (Ibid.).» Pero la fe recta, la fe verdadera, no incierta por la opinión de la presunción, sino fortalecida por el testimonio de la lectura; no fluctuante por la temeridad herética, sino más bien fundada en la verdad apostólica, insinúa claramente que todo lo que se hace divinamente, lo hace inseparablemente toda la santa Trinidad. Pues aunque solo el Hijo nació de María virgen, solo el Hijo fue colgado en la cruz, solo resucitó de la muerte; sin embargo, el misterio de la divina Encarnación, pasión y resurrección, lo operaron el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo juntos. Pues que el Padre lo envió, es decir, determinó que se encarnara, dice el Apóstol: «Pero cuando vino la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley (Gal. IV).» El Padre envió al Hijo, y también el Espíritu Santo. Lo que el mismo Hijo testifica por el profeta, diciendo: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ungió, me envió a anunciar a los mansos, a sanar a los quebrantados de corazón, y a proclamar a los cautivos la liberación, y a los cerrados la apertura (Isai LXI).» Del Hijo también dice el Apóstol: «Que siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo (Filip. II).»

Por lo tanto, aunque solo el Hijo se encarnó, la encarnación del Hijo fue operada por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo juntos. También el Padre hizo la pasión del Hijo, como se dice: «El que no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros (Rom. VIII).» También lo hizo el Hijo, como se dice: «El que me amó y se entregó a sí mismo por mí (Galat. II).» También lo hizo el Espíritu Santo, de quien está escrito: «El Espíritu de sabiduría es benigno, y no liberó al maldito de sus labios (Sap. I).» Cristo fue llamado maldito porque colgó en la cruz, de quien dice el Apóstol: «Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho maldición por nosotros (Galat. III).» El Espíritu, por lo tanto, no liberó al maldito de sus labios; porque permitió que Cristo sufriera todos los suplicios de la pasión y muerte que predijo por boca de los profetas. En verdad, el Padre hizo la resurrección del Hijo, como se dice: «Por lo cual Dios lo exaltó y le dio un nombre que es sobre todo nombre (Filip. II).»

Por lo tanto, el Padre resucitó al Hijo, a quien levantando de entre los muertos, lo exaltó singularmente sobre todos. Cristo también resucitó a sí mismo, como él mismo dice en figura de su cuerpo: «Destruid este templo, y en tres días lo levantaré (Juan II).» Además, para mostrar claramente que él mismo es el autor de su pasión y resurrección, lo resume en una breve sentencia: «Tengo poder para poner mi vida, y tengo poder para volver a tomarla (Juan

X).» Lo que repite diciendo: «Nadie me la quita, sino que yo la pongo, y la vuelvo a tomar (Ibid.).» Pero que también el Espíritu Santo es autor de la resurrección junto con el Padre y el Hijo, lo testifica el Apóstol, diciendo: «Y si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros: el que resucitó a Cristo Jesús de entre los muertos vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros (Rom. VIII).»

Pues si nosotros, por el Espíritu que habita en nosotros, seremos vivificados al final, es evidente que el Espíritu Santo ya hizo en la cabeza de la Iglesia lo que hará en el cuerpo.

De los milagros también, o de cualquier otra obra, debe pensarse lo mismo en todo, que toda la santa Trinidad sin duda se cree que lo efectúa, lo que parece pertenecer especialmente a una persona. Las virtudes y señales que Cristo mostró, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo las hicieron inseparablemente. De ahí que se diga: «El Padre que mora en mí, él hace las obras (Juan XIV).» De ahí que del Espíritu Santo se diga: «Si yo expulso demonios por el dedo de Dios, ciertamente el reino de Dios ha llegado a vosotros (Luc. XI).» Por lo tanto, esta incomprensible Trinidad no está limitada por la brevedad, no se extiende por la amplitud local, nunca está ausente, siempre está presente inseparablemente. No es mayor en parte, ni menor en parte, sino que está toda en todas partes, siempre indivisa. El Padre de nadie, el Hijo solo del Padre, el Espíritu Santo de ambos. A quien muchos de los griegos, porque no pueden encontrar una autoridad clara en los discursos del Señor, creen que procede solo del Padre, y no del Hijo (Ver Scholia). Cuya doctrina también sigue el bienaventurado Jerónimo, en la exposición de su fe dice así: «Creemos también en el Espíritu Santo, verdadero Dios que procede del Padre.» Donde, porque procede del Hijo, calló. En el símbolo del concilio de Nicea también se encuentra: «Creemos también en el Espíritu Santo, que procede del Padre propiamente; y es verdadero Dios, como el Hijo.»

CAPÍTULO X. Que el Espíritu Santo indudablemente procede del Hijo, así como del Padre.

Nosotros, sin embargo, porque somos instruidos por las doctrinas de los bienaventurados doctores Agustín y Gregorio, y de otros padres católicos, creemos que debemos aceptar que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, para que la fe de los creyentes no se vea obligada a vacilar, ni nos veamos cargados de añadir pocos testimonios de las Escrituras. Así, los oráculos proféticos y la autoridad apostólica confiesan que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo. Isaías dice del Hijo: «Herirá la tierra con la vara de su boca, y con el espíritu de sus labios matará al impío (Isaías XI).» De quien también el Apóstol dice: «A quien el Señor Jesucristo matará con el espíritu de su boca, y destruirá con la manifestación de su venida (II Tes. VIII).» El Salvador claramente dio a conocer que el Espíritu procede de Él, cuando sopló sobre los discípulos presentes, diciendo: «Recibid el Espíritu Santo (Juan XX).» Juan, en el Apocalipsis, dice: «Porque de la boca de Jesús salía una espada de dos filos (Apoc. I).» El Espíritu, por tanto, que allí exhaló con sus labios, es sin duda la espada que aquí procede de su boca. También el Padre dice al Hijo por el profeta: «Mi espíritu, que está en ti, y mis palabras que he puesto en ti, no se apartarán de tu boca, ni de la boca de tu descendencia desde ahora y para siempre (Isaías LIX).» Y el Apóstol dice: «Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de Él (Rom. VIII).» Y a los Gálatas: «Porque sois hijos de Dios, Dios envió el Espíritu de su Hijo a vuestros corazones, clamando: Abba, Padre (Gal. IV).» El bienaventurado Pedro también designa al Espíritu Santo como del Hijo, así como del Padre, cuando dice: «De esta salvación inquirieron y escudriñaron los profetas, que profetizaron de la gracia que vendría a vosotros: escudriñando qué persona o qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, cuando testificaba de antemano las aflicciones de Cristo y las glorias que vendrían después (I Pedro I).» Y el Señor en el

Evangelio: «Cuando venga el Consolador, el Espíritu de verdad, que procede del Padre (Juan XV).» Pues siendo Cristo mismo la verdad, enseñó sin duda que es su espíritu, cuando lo declaró ser el espíritu de verdad. Juan también dice: «En esto sabemos que permanecemos en Él, y Él en nosotros, porque nos ha dado de su Espíritu (I Juan IV).» En el libro del bienaventurado Job se lee: «Y oírás el rumor en el terror de su voz, y el sonido que sale de su boca (Job XXXVII).» Donde, sin duda, se debe entender que el Hijo es la boca del Padre; y el sonido que procede de su boca es el Espíritu Santo: quien, sin duda, es llamado correctamente sonido, porque vino con estruendo sobre los Apóstoles, y del corazón que llena, brota inmediatamente en palabras de santa predicación (Hechos II). Que el Hijo sea la boca del Padre, y de esta boca procede el Espíritu Santo, lo testifica el Salmista cuando dice: «Por la palabra del Señor fueron hechos los cielos, y por el espíritu de su boca toda su fuerza (Salmo XXXIV).» Pues juzgamos superfluo proponer ejemplos de que el Espíritu Santo procede del Padre, cuya abundancia vemos que rebosa a través de tantas páginas de las Escrituras, como es aquello: «No sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros (Mateo X).» Y en la segunda epístola a los Corintios dice el Apóstol: «El que nos confirma con vosotros en Cristo, y el que nos ungió, es Dios, quien también nos selló, y nos dio el Espíritu en nuestros corazones como garantía (II Cor. I).» Y a los Tesalonicenses en la primera: «Por tanto, el que rechaza esto, no rechaza a hombre, sino a Dios, que también nos dio su Espíritu Santo (I Tes. IV).» Además, que el Padre derramó el Espíritu Santo sobre los discípulos, está escrito en la epístola dirigida a Tito: «Por el lavamiento de la regeneración y la renovación del Espíritu Santo, que derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador (Tito III).» Que también el Hijo derramó el mismo Espíritu, está escrito en los Hechos de los Apóstoles. Pues Pedro dice de Cristo: «Exaltado por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís (Hechos II).» Que también el Padre y el Hijo derramaron juntos el mismo Espíritu, la voz de ambos clama a través del oráculo de Joel: «Derramaré de mi Espíritu sobre toda carne (Joel II).» Aunque, como hemos dicho antes, muchos de los griegos no creen que el Espíritu Santo procede del Hijo como del Padre; sin embargo, el bienaventurado Atanasio, obispo de la sede de Alejandría, en el libro que escribió contra Arrio, entre otras cosas dice así: «Yo creo, dice, que el Hijo está en el Padre, y el Padre en el Hijo: también el Espíritu Consolador, que procede del Padre, es del Hijo y del Padre, porque también procede del Hijo, como está escrito en el Evangelio, que por su insuflación dio a sus discípulos el Espíritu Santo diciendo: Recibid el Espíritu Santo (Juan XX).» San Cirilo también dice sobre esta misma procesión del Espíritu Santo contra Nestorio: «Aunque en su sustancia es su Espíritu: no hay duda de que es del Padre, para que se entienda la propiedad en la persona, según lo que es Espíritu, y no Hijo, sin embargo, no es ajeno a Él. Pues es llamado Espíritu de verdad, y la verdad es Cristo. Por lo tanto, procede de Él de la misma manera que del Dios Padre.» Y el bienaventurado Ambrosio dice entre muchas cosas: «No es que el Espíritu sea enviado desde un lugar, o que proceda desde un lugar, cuando procede del Hijo.» Agustín también escribe contra el hereje Máximo: «Preguntas, dice, si el Hijo es de la sustancia del Padre, también el Espíritu Santo es de la sustancia del Padre, ¿por qué uno es Hijo, y el otro no es Hijo?» Y añade: «He aquí, respondo, ya sea que lo entiendas o no; el Hijo es del Padre, el Espíritu Santo es del Padre: pero aquel es engendrado, este procede. Por eso aquel es Hijo del Padre, de quien es engendrado; pero este es Espíritu de ambos, porque procede de ambos.» Y poco después: «Por lo tanto, el Espíritu es de ambos procediendo de ambos.» Para concluir nuestra sentencia con la autoridad del mismo ilustre doctor, en esa santa Trinidad hay un Padre, que solo de sí mismo engendró esencialmente al único Hijo: y un Hijo, que solo del único Padre es esencialmente nacido: y un Espíritu, que solo esencialmente procede del Padre y del Hijo. Pero como sobre la procesión del Espíritu del Padre y del Hijo concuerda una gran multitud de antiguos y nuevos, y a través de casi todas las páginas de la sagrada elocuencia

los ejemplos abundan suficientemente, consideramos superfluo acumular aquí, cuando tú mismo puedes encontrar más de lo suficiente.

EPÍLOGO.

Esta discusión sobre la fe católica, hijo queridísimo, es bastante adecuada, tanto para mí, que ya he recorrido casi todo el estadio de mi carrera, como para ti, que recién has ingresado al gimnasio de la milicia espiritual; pues la sublimidad de una materia tan incomprensible e incomparable debe ser investigada por el nuevo soldado en medio de los mismos rudimentos del combate; así como no debe responder fácilmente quien no está entrenado y ejercitado en las sagradas elocuencias. Aquel, para que ponga el fundamento de la fe recta, sobre el cual construya el edificio de la buena obra; este, para que a través de la industria de una larga conversación discierna sutilmente el misterio del arcano celestial. Pues la fe es tanto el inicio de los que obran bien, como la perfección consumada de las virtudes. Como dice el Apóstol de Cristo: «Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo (I Cor. III).» Lo que, por el contrario, se dice del mismo a través del Profeta: «La piedra que desecharon los edificadores, ha venido a ser la cabeza del ángulo (Salmo CXVII).» Pues quien es puesto como base del edificio en el fundamento para sostenerlo, él mismo como cúspide y eje supremo gobierna la Iglesia.

Dios todopoderoso, hijo queridísimo, así establezca tus pies en la roca de la fe católica, que también eleve la agudeza de tu mente a la cima de su contemplación.

Bendito sea el nombre del Señor.

ESCOLIOS.

Aquí, dice, el maravilloso parto de la sagrada Virgen verdaderamente produjo en la prole una persona humana y verdaderamente divina. Esta es la sentencia de San León (Serm. 3, en la Natividad del Señor), por la cual primero se debe notar que la lectura de Damiani varía un poco de las palabras del mismo San León, quien dice: «Pues este maravilloso parto de la S. Virgen verdaderamente produjo en la prole una naturaleza humana y verdaderamente divina.» Sin embargo, creo que el sentido es el mismo, y por causa de una explicación más fácil, nuestro cardenal expresó la sentencia de San León con otras palabras: a menos que digamos que Damiani encontró otro ejemplar de San León diciendo así. Las palabras que siguen más adelante, donde San León dice: «Pero de tal manera que una naturaleza se mezclara con la otra,» no pueden ofender a nadie, ya que San León, defensor enérgico del dogma católico, en tantos sermones y epístolas, y especialmente en aquella encíclica tan célebre a Flaviano, obispo de Constantinopla (LEON. epist. 10, al. 12): Pues no de tal manera que la naturaleza se mezcle con la naturaleza, dice, que se haga confusión de ambas, como algunos herejes impíamente dijeron, sino que usó esa frase para refutar la herejía de Nestorio. Pues él afirmaba (lo que también escribe Santo Tomás en la III parte, cuestión 2, artículo 6, en el cuerpo) que el Verbo estaba unido a la carne según la inhabitación; como si el Verbo de Dios habitara en aquel hombre, como en un templo. Por lo cual San León, refutándolo expresamente, después de haber dicho: «Ni así la criatura fue asumida en la sociedad de su Creador, que este fuera el habitador, y aquella el habitáculo,» añade: «Pero de tal manera que una naturaleza se mezclara con la otra,» es decir, se uniera; asumida sin duda la naturaleza humana por el Verbo a la unión hipostática. Esta sentencia de San León debe ser entendida así, como él mismo declara en la epístola citada anteriormente; salvando, por tanto, la propiedad de cada naturaleza, y uniéndose en una persona, la majestad asumió la humildad; la

virtud, la debilidad; la eternidad, la mortalidad; y para resolver la deuda de nuestra condición, la naturaleza inviolable se unió a la naturaleza pasible.

El Padre de nadie, el Hijo solo del Padre, el Espíritu Santo de ambos. Muchos de los griegos, porque en los sermones del Señor, no pueden encontrar una autoridad casi clara, piensan que procede solo del Padre, y no del Hijo. Los griegos que sostienen que el Espíritu Santo no procede del Hijo, no pueden usar autoridades ni de los Padres ni de los concilios que alguna vez afirmen que el Espíritu Santo procede del Padre: frase que tal vez se encuentra en lugares tanto del concilio de Nicea como de Jerónimo, que nuestro cardenal cita. Pues de la declaración de los Padres, hecha la disputa y en el concilio de Lyon bajo Gregorio X, y en el concilio de Florencia bajo Eugenio IV, consta que de lo que se dice en las sagradas escrituras, del Espíritu Santo que procede del Padre, se sigue consecuentemente que también procede del Hijo; pues Cristo explicándose a sí mismo dice: «Todo lo que tiene el Padre, es mío (Juan XVI); por eso dije que tomará de lo mío, y os lo anunciará (Ibid.).» En este sentido, en el concilio de Florencia se cita a Epifanio en el Acorato, a Cirilo en la Epístola a Nestorio después de Dídimo y Atanasio. En las cartas de unión, capítulos 6 y 7, todas las frases de los doctores griegos, donde hablan de la procesión del Espíritu Santo, muestran que significan lo mismo: que ellos ciertamente consideraron que el Espíritu Santo, así como del Padre, también procede del Hijo. No se debe creer en absoluto que San Jerónimo discrepó de esta sentencia, ya que en sus obras habla de la procesión del Espíritu Santo siempre en sentido católico y con la fraseología latina usual. Por lo cual (para omitir otras cosas ahora) escribiendo a Hebidia (JER. epist. 150, cuestión 9, casi al final): Cuando el Señor dice enviaré otro Consolador (Juan XIV), y se muestra a sí mismo como Consolador, que es llamado consolador. Por lo cual Dios Padre es considerado con este nombre, Dios de misericordias y de toda consolación. Si el Padre es consolador, y el Hijo es consolador, y el Espíritu Santo es consolador: y en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, que se entiende como Dios, son bautizados los creyentes: si su nombre es uno de divinidad y consolador, también su naturaleza es una. Y poco después: «Ni sin el Espíritu Santo profetizaron los profetas: y por la palabra del Señor fueron hechos los cielos, y por el Espíritu de su boca toda su fuerza: y todo lo que es del Padre y del Hijo, esto mismo es del Espíritu Santo: y el mismo Espíritu Santo cuando es enviado, es enviado por el Padre y el Hijo: en un lugar y otro es llamado Espíritu de Dios Padre, y Espíritu de Cristo.»